

VIAJES Y FLORES

MERCÈ RODOREDA

VIAJES Y FLORES

Traducción de Gala Sicart Olavide



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Viatges i flors*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far



La traducció d'aquesta obra ha disposat d'un ajut de l'Institut Ramon LLull

Primera edición: febrero de 2026

© Institut d'Estudis Catalans
© de la traducción: Gala Sicart Olavide, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-1185-3

Impreso en Gómez Aparicio, S.L.

Dep.Leg.: B 5030-2026

Impreso en España

VIAJES A UNOS CUANTOS
PUEBLOS

VIAJE AL PUEBLO DE LOS GUERREROS

Me tuve que apartar de prisa porque se me echaban encima puede que mil caballos montados por soldados armados con lanzas. Pasaron raudos gritando, aullando, envueltos en polvareda. Y enseguida comenzó el redoble de tambores. Caminaba al frente, pecho fuera, nariz alzada, el portador de la bandera que ondeaba al viento. Roja y blanca, llevaba escrito en letras rojas sobre el blanco, y en letras blancas sobre el rojo: VALOR, PUREZA.

Ran, rataplán, rataplán... Tambores de plata, escudos dorados, soldados de torso desnudo. El sol les daba de frente y aquel estallido de oro y plata me obligó a cerrar los ojos. Los trompeteros no cesaban. Iban desfilando con gran orden y disciplina. La polvareda deshizo sus remolinos y se posó en el suelo. Luego se hizo un gran silencio. Y el mundo se vació.

Me medio tumbé en un margen de piedra cubierto de hinojo y me quedé dormido. El sol, que, si al tumbarme me quemaba la espalda, cuando el gran estrépito me despertó me quemaba la cara. Me tuve que encoger porque tal vez mil caballos montados por soldados armados con lanzas venían hacia mí. Pasaron raudos gritando y aullando y levantando polvareda. Enseguida empezó el redoble de los tambores. Caminaba al frente, pecho fuera, nariz alzada, el portador de la bandera que ondeaba al viento. Roja y blanca, llevaba escrito en letras rojas sobre el blanco, y en letras blancas sobre el rojo: VALOR, PUREZA.

Ran, rataplán, rataplán... Tambores de plata, escudos dorados, soldados de torso desnudo. El sol les daba en la espalda, y aquel estallido de oro y plata no me obligó a cerrar los ojos. Los trompeteros no cesaban. Iban desfilando con gran orden y disciplina. La polvareda deshizo sus remolinos y se posó en el suelo. Luego se hizo un gran silencio. Y el mundo se vació.

A un anciano que rastrillaba en un terruño detrás mismo de los hinojos, un puro sarmiento de hombre, le pregunté qué pasaba con tanto soldado arriba y abajo. Siempre hacen lo mismo. Van y vienen dos veces al día: mañana y tarde. Vi-

ven en tiendas de campaña un poco más allá, en un campo de olivos. Son inofensivos: hacen de soldado para inspirar respeto y todo el mundo les teme, pero ellos sólo galopan y trompetean. Sus mujeres los esperan más allá del olivar.

Son todas jóvenes, todas hermosas, altas y cimbreantes como los juncos del torrente, todas con pendientes de perlas y con una perla grande montada en un anillo de oro, y el anillo de oro puesto en el dedo gordo del pie izquierdo. Todas están metidas en sus casas de pórfido y mármol con emparrados de rosas azules en las marquesinas de los cancelles, esperando a sus maridos día y noche, consumidas de tanto esperar mientras ellos agitan sus banderas al viento... Ran, rataplán, rataplán...

VIAJE AL PUEBLO DE LAS NIÑAS PERDIDAS

No era un pueblo, era un bosque. Las niñas habían salido de sus casas para ir a coger, algunas, jazmín de monte, otras, amapolas, otras cardo morado, otras rosas silvestres..., y no supieron salir del bosque que hubieron de recorrer, y éste se las había quedado. Iban todas vestidas igual: falda roja, camisola de florecitas azules y amarillas con el fondo de la tela azul marino. Todas eran rubias, todas lucían tirabuzones, todas tenían los ojos azules, todas llevaban en la mano un ramillete de la flor que habían ido a coger. En cuanto se despertaban, empezaban a bailar y a dar vueltas y más vueltas al tronco de un árbol, cada una al suyo, mientras cantaban la canción de la madrugada. «¿De qué vivís?». «De castañas, de las que aún tienen la cáscara verde, lisa, con alguna espina de vez en cuando». Una que llevaba un ramillete de jazmín me habló de su vida: «Yo en casa vivía bien;

tenía todas las muñecas y los muñecos que quería, comía siempre sesos de palomino y platos de crema quemada, cuando tenía sed bebía horchata de almendra tierna, dormía hasta que se me acababa el sueño y tenía tiempo de sobras para soñar que era pez, que era pájaro, que era serpiente, que era hiena... Pero una noche soñé que las flores del jazmín me llamaban; querían que las cogiera yo y sólo yo. Se abrían poco a poco y del agujerito que tienen en medio salía una vocecita que era la mía y me decía en voz baja mientras yo dormía: “Queremos que la niña que todo lo tiene venga a cogernos antes de que la abeja haga miel de nosotras”. Me levanté, todavía en plena noche, todavía iba con el sueño pegado a los ojos, toda yo un delirio, y caminando, caminando, encontré el jazmín, hice un ramillete con todas sus estrellas y ahora soy una niña perdida porque nunca más supe encontrar el camino a casa, a mi casa con su jardín lleno de flores de alhelí y de vitadinia». Le dije que si quería yo la podía acompañar, que las podía acompañar a todas de una en una. De inmediato puso cara triste y el azul de los ojos se le enteló; acabó por confesarme que prefería ser una niña perdida y vivir en el bosque, donde por la noche las ramas de los castaños bajaban allí don-

de estaba y la abrazaban, la mecían y le decían que la querrían hasta la muerte; que si no salía del bosque siempre iba a ser niña, de falda roja, con los tirabuzones como virutas, con el azul de los ojos lleno de ternuras de agua y con gotas de rocío entre el rosa de los labios... Y añadió, con los ojos cargados de inocencia y sin parpadear: «En cuanto se pierde una niña, al pueblo le ponen el nombre de la niña perdida, y esa niña se convierte en la patrona de su pueblo. Compran una muñeca grande, la visten de santa, le ponen una corona de latón, la meten en una vitrina y van a visitarla y a llevarle flores de vez en cuando. Me llamo Gertrudis».

VIAJE AL PUEBLO DE LAS MUJERES ABANDONADAS

Me senté en un ribazo junto al camino a comer un bocadillo mientras observaba el vuelo, sobre un azul venenoso, de una garricha hembra. Masticaba lento, y, al bajar la cabeza porque la garricha ya no se veía, me fijé detenidamente en un bosque muy verde, de un verde de hechizo, que nacía de un campo de avena al otro lado del camino. Era un bosque extraño, demasiado triste, sin viento, con las hojas de los árboles tan espesas que de lejos las copas parecían hechas de musgo. Me sorprendió, como hubiera sorprendido a cualquiera, que, por encima de las copas de los árboles, muy redondas, de vez en cuando saliera, y con furia, una piedra. Caía pesada. Piedras y más piedras salían del follaje como en un gran juego de distracción. Me fui aproximando, y cuando las tuve cerca vi que las piedras, todas, estaban atadas a un

cordel. Y de más cerca ya vi que las piedras, al bajar, a menudo se enredaban en la rama y entonces alguien tiraba de la cuerda y caían muchas hojas. Sin poseer gran dosis de sabiduría comprendí que el juego de la piedra y el cordel era un juego de cosecha de hojas. Al pie del árbol había —poco podía sorprenderme después de lo que había visto en tantos pueblos— un niño o una niña, de una edad que podría ser de unos tres años, que lanzaba la piedra con gran destreza. Al pie de los árboles había un capullo de gusano de seda, pero grande, y dentro de éste vivía una persona. Como el capullo no estaba bien cerrado, sobresalía por arriba la cabeza de la persona a la que hospedaba. Y la persona era una señora. En el momento en que unos cuantos niños se dieron cuenta de mi presencia, dejaron de cazar hojas y se metieron en los troncos de los árboles que estaban abiertos y huecos. Todos me miraban, y la señora del capullo que tenía más cerca, con la voz fina como un hilo del número cien, me preguntó qué buscaba. «Yo, señora —le dije muy cortésmente—, venía a ver qué sucedía con esas piedras que de lejos he visto que volaban por encima de las copas de los árboles». Uno de los niños metidos en el tronco se puso a reír. La señora estiró el cuello, que tenía

muy corto, y me dijo: «¿Viene a hacerme compañía?». «No, señora. Sólo estoy de paso». Pero no pude evitar preguntarle cómo lograban esos niños tan pequeños tirar piedras con tal acierto y con tal furia. «No son pequeños. El mío tiene ya treinta años. ¿Lo ve? Aquél con la boca abierta que está enrollando el cordel a la piedra». «No puede ser, pero si es una miniatura». Y me dijo que el de su vecina tenía cincuenta. Entonces comenté, a riesgo de resultar antipático, que debían de ser niños retrasados. «Son los niños de las mujeres abandonadas, y si crecieran ya no seríamos mujeres abandonadas». «¿Y por qué las abandonaron?». Me dijo que casi todas tenían al marido en la guerra, que algunos habían muerto mientras que otros se habían quedado donde hicieron la guerra, aunque ésta se hubiera acabado, y habían fundado una familia... «El mundo entero», dijo, «está lleno de guerras y los hombres enloquecen por ir a la guerra». Sin lograr disimular mi curiosidad, le pregunté: «¿Todas las señoras encapulladas que hay aquí tienen una criatura?». «Sí. Sólo una para dar más pena. Si tienen más de una, el tronco del árbol se las seca, ¿comprende?». No pude evitar seguir preguntando: «Y usted, ¿puede salir alguna vez del capullo?». Y contestó con la mirada tris-

temente desgraciada que no, que el capullo no se podía abandonar porque era el signo del abandono. «El hilo está hecho de lágrimas. Una semana lo hila el ojo izquierdo, otra semana lo hila el ojo derecho». Y con mucha energía exclamó: «¡Disculpe un momento, ahora voy a comer!». El niño salió del tronco, bastante más tranquilo al ver que mi presencia era inofensiva, lanzó la piedra al aire, tiró del cordel y cayeron hojas. Cogió una y se la metió a su madre en la boca; ella se puso a masticar con una expresión de beatitud que embelesaba. Cuando acabó de comer me confesó: «La hoja sirve tanto de alimento como de bebida». «Y su familia, ¿qué dice de todo esto?». «Yo no tengo familia, pero las que sí la tienen lo pasan peor porque sus familias nunca las vienen a ver. ¿Comprende? Si las visitara la familia ya no serían mujeres abandonadas y no tendrían razón alguna de existir». «¿Y hasta qué edad viven?». «Depende; si la hoja del árbol nutriente es hoja de buena añada, podemos vivir hasta los noventa... Hay quienes han vivido hasta los cien». Hacía rato que me estaba atormentando una pregunta que no osaba hacer y sin querer se me fue sola de la boca: «¿Y cómo mueren?». «El capullo se cierra, nos asfixia y se acabó. A mí todavía me quedan muchos años de

vida si todo va bien... Ya hace veintiocho que vivo encapullada. Mujeres abandonadas, cuando yo nací, había muy pocas. Como sucede en todas partes, se han ido multiplicando. Ahora somos unas cuatrocientas ochenta y seis». Cortando la explicación tan bien dada, me preguntó: «¿Quiere comer una hoja?». Le dije que muchas gracias, que acababa de comerme un bocadillo de jamón y queso sentado en el margen del camino vecino. Llamó a su niño y le dijo que en vez de quedarse pasmado hiciera el favor de comer enseguida. Y el niño pequeño y acurrucado dentro del tronco empezó a masticar su hoja. «Antes de que me vaya, estimada señora, dígame: cuando el capullo se ha cerrado, ¿qué sucede?». «Rodamos». Con la mirada expresiva señaló hacia su derecha, donde el bosque quedaba cortado por un precipicio: «Al fondo está el lago del agua sin color. Cuando se cierra el capullo, el niño o la niña lo empujan y echa a rodar...». Miré a mi alrededor conforme pensaba: «Qué pueblo tan triste». Y no pude evitar repetirlo en voz alta. «No crea, mucho peor es el pueblo del queso. Si tiene tiempo de escucharme un rato le contaré lo que sucede allí».

VIAJE AL PUEBLO DE LOS QUESOS CONTADO POR LA MUJER ENCAPULLADA

No se ve ni un árbol. Son todo prados y más prados. ¡Y de qué hierba...! De un verde resplandeciente, temblorosa, siempre recién brotada, siempre esmaltada de florecitas. Las vacas se la comen durante el día, y, por la noche, vuelve a crecer. Y todo lo que al caer la noche era un campo de tierra y nada más, a la luz del amanecer vuelve a ser un campo de un verdor esmeralda. Las vacas hacen leche una vez al mes. Hacen. Sí, hacen. No las ordeña nadie. El día que les toca hacer la leche, que cae siempre en día quince, lloran sin parar de lo mucho que sufren. «¿Y no las podría ayudar alguien ordeñándolas, aunque sólo fuera en el momento de soltar la leche?». «Es imposible, porque queman. Las tripas preparan el queso y, mientras se va haciendo la preparación y cuando sueltan la leche, queman

como un horno del morro hasta la punta de la cola. Cuando les parece que la leche ya está lo bastante espesa, de vez en cuando dejan caer un chorro de cada teta, un chorro espeso que va formando una torta en el suelo. Entonces se van moviendo con gran parsimonia a fin de que la torta quede bien redonda. Cuando ya está hecha, se llena de gusanos; más blancos que el vientre de las vacas. Cuando alguien se acerca para ver si puede coger el queso, no lo puede coger porque los gusanos lo tienen pegado al suelo y las vacas embisten sin parar para que ellos se lo puedan comer con total tranquilidad. Son gusanos queseros. Sólo dejan la corteza: rubia y morena. La gente del pueblo, claro, se muere de hambre, y si quiere comer tiene que comer hierba al despuntar el día. A veces algún desesperado se acerca al queso desafiando el peligro de la embestida y puede, si está de suerte, arrancar un pedazo de corteza. Lo mastica moviendo la cabeza arriba y abajo porque la corteza está más dura que una piedra. No hace falta decir que las gentes de este pueblo condenado están en los huesos y a duras penas pueden caminar, así de tremenda es la debilidad que los consume. Todos tienen el color de la corteza de los quesos y, cuando mue-

ren, los que se quedan utilizan los huesos más
resecos para encender la chimenea. «¿Ve como
siempre hay algo peor?», me dijo con gran sere-
nidad la mujer encapullada.

VIAJE AL PUEBLO DE TODA LA PENA

Aquel pueblo sí que era muy diferente de los otros. No había ni un jardín, ni una flor, ni un tristísimo árbol. Todas las calles sin excepción estaban empedradas y todas las casas eran de piedra. Las ventanas, altas (desde dentro las tenían que cerrar subidos a escaleras), no tenían cristales. Sólo los postigos, que al llegar la noche cerraban con pestillo. La gente vivía de vender piedra a los demás pueblos porque en aquella zona había pedreras para dar y regalar. Unas piedras coloradas, con vetas de un rojo más oscuro, de un rojo de sangre coagulada; parecía que las vetas hablaran porque formaban arabescos. Como en las nubes, en ellas se podía ver o imaginar animales: pájaros, peces, jabalíes, algún ciervo, conejas alborotadas, zorros apestosos, ratas de bosque, marquineldas resignadas y algún búho maravillado...; piedras nacidas de algún terremoto, amontonadas, a lo mejor es-

cupidas en bloques aterradores de algún volcán extinguido por los siglos. La gente no miraba; caminaba con la cabeza baja y el paso un poco incierto. En la plaza a la que llegué había una concentración de gente llorando. Les caían de los ojos unas lágrimas alargadas que les empapaban las mejillas y les resbalaban por el pecho. Lloraban, por lo visto, por quienes hacían las guerras, por los asesinados, por todas las injusticias, por los desvalidos, por los padres arrinconados, por tantísimos pájaros cazados con trampa, por todos los ciervos perseguidos, por los ríos que se salían de madre, por las tierras yermas, por las tempestades que lo arrasaban todo, por las cosechas destrozadas y porque las montañas de piedra que rodeaban el pueblo no les dejaban ver el sol ni en el momento en que nacían ni en el momento en que morían.

VIAJE AL PUEBLO DE LAS RATAS BIEN CRIADAS

Era un pueblo como otros. Con flores en las ventanas y flores incluso en las barandillas de los terrados..., y un gran silencio, como si en el pueblo no viviera nadie. En mitad de una calle sombría pegué un salto porque pasó junto a mis pies una rata grande como un conejo. Se detuvo un poco más allá, se dio la vuelta, y allí, de lejos, gritó: «Señor, señor, ¿me deja roer un poco de casa?». No supe qué decir; sólo tuve coraje para mirar a aquella rata que me miraba con los ojos rojos y la cabeza echada hacia delante. Entonces, de entre los pies, me salió una rata pequeña, y luego otra, y otra... Así, hasta siete. Se unieron a la rata grande y juntas se pusieron a cantar: «¿Por qué no dice que sí, por qué no dice que sí...?». Incliné la cabeza y ellas debieron de creer que cedía porque se lanzaron contra los bajos de una casa vieja y comenzaron a roerla, raca, raca,

durante un buen rato. Cuando se cansaron, se limpiaron el hocico con las patas delanteras, me volvieron a mirar y se fueron calle arriba tan tranquilas. De la casa que las ratas habían roído salió un hombre con los pantalones medio deshilachados y con las orejas despuntadas. «Entre, por favor», me dijo con voz apagada, «siéntese». Nos sentamos junto a la ventana. Las flores del alféizar eran petunias.

«Este pueblo», empezó el hombre, «no es como los demás. Las casas, como ya habrá visto, están hechas de madera, de los cimientos al tejado. Cada diez o doce años, del pueblo no queda nada. Si tuviéramos piedras cerca tal vez haríamos casas de piedra, pero la cantera está a doscientos treinta y cuatro kilómetros y estamos todos demasiado desanimados como para emprender la aventura de ir a por ellas... Además..., una vez, hace años, un hombre decidido, o más inconsciente que los demás, fue con su carro a por piedra y se construyó una casa para toda la vida. Tenía mujer y cuatro hijos. Todos chicos. Altos, preciosos..., la flor y nata de las criaturas. Un día, no recuerdo si era Navidad o Nochevieja, en su casa no quedó nadie. Ni padres ni hijos. Las ratas no dejaron ni los huesos. Nos habían dado el mayor escarmiento.

Así que seguimos haciendo las casas de madera, tanto por pereza como por precaución. Por otra parte, si todos, absolutamente todos, hiciéramos las casas de piedra, ¿sobreviviríamos? No nos atrevemos. Tenemos que hacerlas de madera. De madera para que las ratas puedan roerlas y estén contentas. Y, sobre todo, para que a los habitantes de este pueblo nos permitan vivir. Hubo un año en que todos los hombres sensatos nos reunimos en el bosque Ginebrera y parlamentamos. Se trataba de engañar a las ratas: de construir los cimientos de las casas, al menos los cimientos, de piedra. Costara lo que costara en cuanto a salud y trabajo. Ellas debieron de estar espionando porque al día siguiente todos nosotros, todos y cada uno de los que asistimos a la reunión, nos despertamos con las orejas roídas.

»Pabellones auditivos, adiós. Para el arrastre. Cada diez años, como le decía, el pueblo queda arrasado. Y durante todos esos años no nos queda otra que reconstruirlo. Un poco más hacia acá, un poco más hacia allí. Venga conmigo». Salimos de la casa e hizo que lo siguiera calle arriba. Al final de la calle había un mirador y, una vez allí, aquel hombre, triste como nunca he visto tan triste a nadie, extendió el brazo y señaló

hacia el valle. Podía verse un auténtico hormiguero de hombres serrando, allanando, colocando troncos y construyendo tejados. Provistos de árboles, no paraban de descargar troncos y tablas. «Podríamos ser ricos, porque la tierra de este país es buena y fértil, ¡pero nos toca perder el tiempo haciendo casas en vez de sembrar y recolectar!». Pegué un salto. Estábamos rodeados de ratas que escuchaban lo que decíamos. El hombre, al darse cuenta de lo que sucedía, les dijo: «Vamos a haceros un pueblo con la madera más dulce y esponjosa». «Gracias, gracias...», dijeron las ratas al unísono. Y una, que era de lo más linda, chilló: «Tenemos hambre y ganas de roer, siempre, siempre».

«Roed», dijo el hombre con los ojos medio muertos y la voz apagada. Todas las ratas se lanzaron hacia dos de las casas más bonitas e inmediatamente empezaron con la fiesta del raca-raca. Como me pareció que estaban muy distraídas, dije al hombre, en voz baja, pegado a una de aquellas orejas que de tan roída parecía un festón: «¿Por qué no las matan?». Me miró con ojos llenos de condescendencia: «Cualquier solución que me pueda ofrecer ha sido puesta a prueba a lo largo de mil doscientos años. Es como si la

muerte las multiplicara para castigarnos». Oí una nueva voz estridente chillando a mis pies: «¡Malo, malo...!». Miré al suelo y ¿qué vi?: que una rata de lo más bonita empezaba a roerme los bajos del pantalón. Aún sigo corriendo.